

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

CONTRA TODO Y CONTRA TODOS

EL LIBRO NO LIBRO

SE podría llamar así, sin faltar el respeto a sus partidarios, cada vez más numerosos, al libro-objeto, libro-joya, libro-curiocidad-de-bazar, o sea el libro que no es libro, por mucho que libro se quede en lo que toca a su forma, pues más que libro es una extraña flor tipográfica, una preciosa telaraña de perlas, una armónica con alveolos de los que sale, muda, la música de los versos (cuando no lleva un disco, que entonces sale hablando), un encaje de oro, una vaina de envenenado puñal benbenutesco, un trofeo, una copa de forma rara, una máscara con barba asiria, un guante misterioso, un juguete infantil, un pecho dormido de mujer, un farol, una fruta tropical, una calavera, un símbolo geométrico de cábala, un avión fantástico, un círculo de flechas clavadas en cada página, flechas que van a la caza de las letras.

Si hojeamos atentamente el catálogo del libro-objeto o paseamos nuestros ojos asombrados por las exposiciones que se han hecho (la última la vimos en el Festival del Libro de Niza, 1971), los que amamos el libro en lo que de libro tiene nos resistimos a aceptar lo que consideramos una forma vituperable de arrancar el libro a su significación, a su papel, y convertirlo en algo que está al servicio de una sociedad de consumo que se consume, a transformar lo que es la más pura imagen del pensar y el sentir humanos en una cosa cualquiera, embellecida, es verdad, pero embellecida por elementos que en el fondo le son ajenos, si no adversos, como las pastas esculpidas, más esculturas que pastas o las páginas saturadas de sustancias raras que al exponerse a la luz —al abrirlo el lector— emiten rayos luminosos, o perfumes, o imágenes de linterna mágica.

¿Qué es todo esto, nos preguntamos, qué es todo esto? Y la respuesta la tenemos. Es una forma de burlar la función fundamental del libro, ahora que nos burlamos de todo, una manera de dar, en el caso de la poesía, aditamentos táctiles al poema, aditamentos sonoros, visibles, como si la poesía fuera de su ser necesitara completarse por elementos que le son ajenos.

Aplaudir el libro-objeto —fuera de aceptarlo, si se quiere, como una curiosidad, como se aceptan las pulgas vestidas y los poemas escritos en el filo de un cabello— es hacerse cómplice de la desaparición del libro, es contribuir a que se convierta en objeto, lo que no es ni debe ser objeto, simplemente objeto, si ya sólo la palabra choca con él, el que fue, el que es y el que será el mejor receptáculo para la conservación de las esencias del hombre, de su saber, su inteligencia, su sensibilidad, sus sentimientos, su experiencia y todo cuanto forma nuestra civilización y cultura.

Durante la revolución surrealista —que nosotros vivimos en París, en los años 20-30— verdad es que, al tratar de cambiar el pulso a todas las cosas, se intentó por algunos plásticos la transformación del libro en algo que rompiera con lo que hasta allí se tenía por libro, porque esto formaba parte de la transformación que los surrealistas imponían. Pero hasta allí no más. El bastardeo actual rebasa los límites.

Defendamos el libro concebido como libro, como uno de los vehículos más altos de la comunicación humana y abstengámonos de sumarnos a los snobs que abren de par en par las puertas a ese otro libro, al libro no libro, al libro que se llama objeto, por mucho que por curiosidad natural nos atraigan las

combinaciones ingeniosas que lo acompañan. Libros en los que a la letra, a las letras, sustituyen las cosas mismas. Libros en cuyas páginas, en lugar de leerse «mariposa», se ve una mariposa clavada, o en lugar de escribir trébol, se encuentra un trébol, y mejor si es de cuatro hojas. Quién no recuerda los herbarios que compusimos de chicos, cuando estudiábamos botánica. Libros de cocina, sin palabras, con las especias enloquecedoras en sus páginas-bolsas o bolsitas. Libros de horas con péndulos. Libros-cajitas de música. Libros-pistolas para suicidas. Y no terminaremos la enumeración de cuantos libros-objetos hay ya en el comercio, y cuantos están por hacerse, dada que la aceptación por el público obliga a la producción en gran escala, perdiendo así su valor para los bibliófilos.

Empero, ni los ya hechos ni los que se harán sustituirán al libro-libro, a este compañero silencioso de nuestras noches largas, de nuestras meditaciones o entretenimiento, a este que tenemos a la mano o en la biblioteca, simple como un ladrillo de casa viva, presto a entregarnos sus tesoros ocultos en sus páginas. Cambiarlo, convertirlo en objeto... que lo hagan los que pretenden hacer del libro, y ya lo están haciendo, una parte del decorado de un interior fastuoso, una forma de invertir divisas, un algo que no está en relación con lo que el libro dice, sino con lo que representa como objeto, como cosa plástica, más para contemplar que para leer. Y ya se anunciarán, próximamente, estemos seguros, para dicha de las suntuosas clases semianalfabetas, libros para ver, no para leer.

Miguel Angel ASTURIAS
Premio Nobel

LAS VELEIDADES DE LA HISTORIA

OTRO ASPECTO DEL SEÑOR ARIBAU

HAY muchas y muy buenas razones para suponer que don Buenaventura Carlos Aribau habría quedado estupefacto, si, por alguna misteriosa gracia del Destino, hubiera podido «contemplar» su posteridad. Desde luego, no entraba en sus cálculos pasar a la historia precisamente por unos versos de circunstancias, de los que no hizo mucho caso ni pensó que otros pudieran hacerlo. Me refiero a las estrofas que dedicó, una vez, a celebrar la onomástica de don Gaspar Remisa, a cuyo sueldo estaba: la famosa «Oda». Hay que reconocer que los versos en cuestión eran bastante buenos —más de lo que el propio Aribau llegase a creer—, y, sobre todo, fueron oportunos: escritos en un catalán increíblemente digno, rezumando sentimentalismo local e historicista, escandidos con empaque y pulcritud, venían a encarnar, de manera involuntaria, una «hipótesis» de trabajo literario que, hacia 1833, trataba de perfilarse. Lo que luego se llamaría «la Renaixença» se apoderó del poema y lo convirtió en mojon simbólico: primera piedra o algo así. Con los años, Aribau quedó reducido a eso: a autor de la «Oda» al banquero Remisa, que, por arte de birlibirloque, ascendió a «Oda a la Patria». Lo demás fue olvidado. Lo demás, en parte, fue olvidado con deliberación por unos; y con ingratitud por otros. Y ejemplo al canto: la gran «Biblioteca de Autores Españoles», la enorme colección de «Rivadeneyra», obra suya era, en el proyecto y en el avance de su primera etapa. De ello casi nunca hablan los panegíricos de Aribau procedentes de este lado del Ebro, y —aunque lógico— es triste. Pero todavía resulta más torvo el silencio que se produce del otro, donde recaía el beneficio...

Vale la pena de puntualizar el contraste. Los neocalmogávares «plumados» de la Renaixença exageraron la importancia de la «Oda». La «Oda» no fue la madre del cordero, por descontento. Sin el combinado de lisonja patronal y nostalgias entrañables que don Buenaventura Carlos metió en sus admirables estrofas, la Renaixença habría salido adelante: tenía otras raíces, y la «Oda» no era imprescindible. Sólo que Aribau era más «poeta» que el resto de los «precursores», y se consideró útil promoverle al grado de capitán. ¿Hubo en ello alguna intención maliciosa, como la de postergar nombres «incómodos»? Algo se ha dicho en este sentido. Pero la disyuntiva Aribau-Puigblanch es grotesca. Ni el uno ni el otro fueron verdaderos «precursores» con ánimo de serlo. Para el señor Puigblanch de Mataró, basta leer sus divertidos «Opúsculos»: de «pre-renalxentista», nada. Para el señor Aribau, don Manuel de Montoliu lo

dejó clarísimo, en un libro gordo y documentado: Aribau nunca se interesó en serlo por el futuro literario de la lengua catalana. Aribau fue un catalán perfectamente integrado en la cultura castellana, y con una consciencia de estarlo notablemente más viva que la de los mismos castellanos de su tiempo. De ahí la «Biblioteca de Autores Españoles». Sin la «Oda», el desarrollo de la literatura catalana en los últimos ciento cincuenta años no habría variado; sin la «Rivadeneyra», la literatura castellana, por el contrario, se habría visto menos arbolada... Freno: ya sé que estas afirmaciones no son admisibles en su estricta literalidad. Ni aspiro a que lo sean. Pero no se me negará que la diferencia es notoria. Entre la «Oda» y la «Biblioteca de Autores Españoles» hay eso, una «diferencia» enorme de eficacia y de estímulo; a favor de la «Biblioteca».

La ironía, o la paradoja, es que Aribau sigue siendo recordado por el «Adéu-siau, turóns!», y no lo es, ni pizca, por la «Rivadeneyra». Don Buenaventura Carlos, en su tumba, podría consumir largos trechos de eternidad reflexionando acerca de las veleidades de la «historia». Y, por lo demás, cabe sospechar que, en el fondo, a él, lo que de verdad le interesaban eran los negocios. Más, infinitamente más que la literatura. Aribau fue lo que hoy designaríamos con el nombre de «economista»: un economista. En estos trámites se ganaba la vida, sobre ellos escribió papeles, y, en definitiva, tal era su vocación, si vale la palabra. Ultimamente se han publicado algunas monografías, muy informativas y seguras, a partir del Aribau extra-literario. Un observador suspicaz lo encontrará muy natural: la industria textil, la Banca Remisa, la «Oda», el 1833 —década más, década menos—, todo, se conjugan fatalmente. En el mismo saco habría que meter al Romanticismo, un cierto Romanticismo por lo menos, la Revolución Industrial, la «Oda» al patrono que puede pasar por serio a la patria, y muchas cosas más. Incluyendo las que ahora diré. Porque Aribau se preocupó, y circunspectamente, como le correspondía, de asuntos tan apartados de lo dicho —en apariencia— como la educación sexual. ¿Sorpresa? No, en absoluto. No para mí. Don Buenaventura Carlos fue un «intelectual burgués» típico, en la medida en que estas latitudes podían proporcionar una «tipificación» con el apellido de «burgués». Un intelectual burgués catalán de la época de Aribau probablemente no podía hacer sino lo que Aribau hizo: todo lo que hizo, incluyendo la «Rivadeneyra», la «Oda», y lo de la educación sexual.

Las inquietudes didácticas que, en este último orden de cosas, manifestó Aribau, apenas han sido valoradas. Que yo sepa —sé poco: lo advierto—, sólo las subrayó, en su día, el doctor don Juan Corminas, canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de Burgos, en su «Suplemento» a las «Memorias» del obispo Torres Amat. Esto ocurría en 1849, cuando Aribau todavía estaba lleno de vida e incluso de salud. Sea como fuere, el hecho es éste: don Buenaventura tuvo que prologar el tomo tercero de la «Biblioteca», que abarca a los «Novelistas anteriores a Cervantes». El libro apareció en 1846. De ese papel arranca la noticia del reverendo Corminas. Aribau abre el volumen con «La Celestina». —siguen el «Lazarillo de Tormes», Timoneda, «Guzmán de Alfarache» en sus versiones auténtica y apócrifa, y algunos textos más—, y no cuesta ningún esfuerzo imaginar que, de un modo u otro, el editor había de afrontar el grave problema de la «moral» en sus refracciones literarias. No la «moral» de la «literatura», sino —más que nada— la «moral» en la «literatura». Los apacibles padres de familia que, por un prurito cultural, se suscribieron a la «Rivadeneyra», ¿cómo podían reaccionar ante la desenvoltura de palabra y obra que manifestaban los personajes de «La Celestina»? Aribau no les doraba la píldora, pero tampoco podía escurrir el bulto. La tremenda obviedad del sexo salía de los manuscritos medievales, y, en medio de la discreción erudita, exigía reflexiones. No «juicios»: éstos ya los proporcionaba el vicario de la parroquia desde el púlpito, o el confesor de cada cual. El planteamiento se secularizaba, y es ahí donde entra Aribau. Aribau, podíamos esperar, salva al autor de «La Celestina»: le atribuye un propósito moralizador...

«Así es como los halagos y seducciones pierden su fuerza, cómo se desacreditan las artificiosas mañas del lenocinio, cómo en medio de los placeres se atraviesa una idea saludable, cómo en fin se corrigen los malos efectos de las escenas libidinosas...» Dejemos de lado el que acertase o no: en sí «La Celestina» es una lección «represiva» o todo lo contrario. Lo que conviene recalcar es una breve expansión de Aribau, que, a renglón seguido, nos sitúa a otro nivel: al de la «educación sexual», en realidad. «Desde nuestra niñez se nos hace un misterio de lo que al cabo hemos de saber por medios torcidos y casualidades imposibles de precaver; sabemos ya la lengua y no entendemos palabras que excitan tanto más nuestra curiosidad cuanto más vagas son las evasivas respuestas que nos dan; sorprendemos a veces en los labios de nuestros mismos padres risitas cuya alusión se nos reca-

ta; estos vanos esfuerzos fomentan e inflaman más y más nuestras cavilaciones...» El ex niño Aribau habla por experiencia: «un amigo corrompido, un criado desenvuelto o un confesor sin cordura levantan súbitamente el velo en la ocasión más crítica de nuestro desarrollo físico e intelectual... Acostumbrados como ya vamos estándolo a la bibliografía pseudosexológica y parapornográfica, las líneas de Aribau no llegan a inmutarnos. Si las pensamos escritas hace más de ciento veinticinco años, nuestra opinión habrá de ser distinta. Aribau «dijo» poco, porque en un prólogo a la «Celestina», en el Madrid de 1846, poco se podía «decir», al margen del chiste popular o de las revistas satíricas. Lo que insinuaba era mucho, en definitiva.

Y había más. Don Buenaventura Carlos Aribau estaba realmente preocupado por el tema. En nota a pie de página —letra microscópica, a la que las páginas amarillentas de la primera edición dan un realce especial—, Aribau confiesa lo siguiente: «El autor de este discurso recuerda haber escrito en latín un opúsculo sobre los medios de imbuir sin peligro en los niños las ideas relativas a la generación y a los placeres sensuales. Un amigo se llevó el borrador a Alemania para consultarlo con los sensatos profesores de aquella nación, y, habiendo fallecido a poco, se ignora el resultado.» El manuscrito latino de Aribau se habrá perdido sin remisión. Aribau todavía era capaz de escribir en latín, cosa que ha de admirarnos, ¡qué caramba! Remítirse a la instancia alemana, también es un dato a tener en cuenta: tales asuntos —antes de Freud, por lo que se ve— han tenido supervisores técnicos infalibles en el área germánica, prusiana o no. Sería apasionante leer, a estas alturas, el programa que Aribau proponía, y lo que los doctores Teutones le añadían. Probablemente eran unas proposiciones muy sensatas. Lo serían hoy, y aquí, a pesar de su antigüedad. Aribau no se ceñía a «la generación», que eso se facilita con proyecciones de «Helga» en cines de barriada; también enfocaba el asunto de «los placeres sensuales». ¿Cómo? Sería temerario imaginarlo. Pero por ahí es poner el dedo en la llaga... De eso no hablan los «educadores sexuales» de oficio, en 1971. Lo cual nos lleva a reconocer más méritos al señor Aribau. Leer la «Oda a la Patria» —cantar de mon patró la glória— podría ser, desde este supuesto, una operación novedosa. Nunca se sabe...

Joan FUSTER

CURSOS PRACTICOS DE INFORMATICA

- ◆ Exclusivamente para futuros profesionales.
- ◆ Ordenador disponible para las PRACTICAS.
- ◆ Nuestro centro está totalmente especializado en INFORMATICA.

PROGRAMACION IBM

Inicio 22 OCTUBRE (lu, mi y vi, de 7.30 a 9.30)
23 OCTUBRE (sábados, de 5 a 9)

PERFORACION (Especial para Srtas.)

Inicio 28 OCTUBRE (1 hora diaria)

leiter

CENTRO DE INFORMATICA DE BARCELONA
diputación, 280 pral. t/222 12 67-231 36 90

¿cómo viajan los documentos en su empresa?



SU DESCANSO MERECE UN CHALET PROPIO

Disfrute sus vacaciones, fines de semanas, etc. en su propio chalet. Se instala en breve plazo en el lugar por vd. elegido

CHALETOS PREFABRICADOS

LOS DE MAYOR GARANTIA Y MEJOR PRECIO DEL MERCADO

consúltenos en: **BARCELONA** - GENERAL MOLA, 65-2º - Tel. 258 45 63
PANASA **MADRID** - VELAZQUEZ, 101 - 1º - Tel. 261 41 93

. Naves industriales, almacenes, escuelas, residencias, etc.

SEGURO AUTOMOVIL A PLAZOS
en 12 meses - sin entrada - sin recargo - sin franquicia
GALLES Tel. 222 22 20 Un teléfono... "que suena"